



**HUGO
CORREA:**
entre los grandes
de la C. F.

LOS TERRORS DE LA CIENCIA - FICCIÓN

L a literatura arranca de la vida, y no al revés, y cuando se la enseña a secas, como si estuviera separada de ella, termina en aburrimiento: los alumnos terminan por odiar la poesía, la novela o el teatro, porque se las atiborran de datos, de erudición a la violeta o de bibliografía indigesta. Entrar, por ejemplo, en el estudio de la psicología a través de los relatos de ciencia-ficción es una manera inteligente de establecer las relaciones que existen entre ellas y una forma sutil y profunda de entretenerse. Así lo han hecho los autores de un libro destinado a la enseñanza, recientemente aparecido en los Estados Unidos (Introductory Psychology through science fiction, por Harvey A. Katz, Patricia Werrick y Martin H. Greenberg, Rand Mc Nally College Publishing, Chicago).

27 relatos

El libro incluye 27 relatos encabezados por sendas notas que nos introducen en algunos de los aspectos psicológicos que dividen la obra: sicobiología, proceso de aprendizaje, sensación y percepción, procesos sociales, procesos de desarrollo, personalidad, terapia y procesos anormales. Cada uno de ellos está destinado a explorar los conceptos psicológicos que brotan de los cuentos. Y tanto unos como otros responden a las eternas preguntas que el hombre se ha hecho, y hace, sobre su destino y sobre esas sus terribles simas de las cuales hablaba Hopkins en un hermoso poema. De este fecundo cortocircuito salta una sola conclusión. Y es que los escritores —sobre todo los grandes escritores, desde Dostoyevsky a Joyce— saben, sin haberla estudiado nunca, más psicología que

los que la enseñan, lo cual, naturalmente, no es ninguna novedad, pero conviene recordarla siempre una y otra vez.

En la C. F. todo es posible

En este mundo todo es posible, incluso lo imposible, y conviene señalar que en muchas ocasiones se adelantó al descubrimiento de cosas que hoy nos parecen pan de todos los días. Ella no es, después de todo, sino otro género literario más, y como éstos, hunde sus raíces no sólo en la psicología más profunda, sino en el mito y en las sagas. Lo que la hace ciencia (el término ciencia-ficción es equívoco), es su entronque con lo contemporáneo y su aplicación en la técnica de nuestros días. Sin necesidad de remontarse a Luciano de Samosata, y después de pasar por

Verne y Wells, la C. F. por ser un género híbrido, está en lo más íntimo del hombre de nuestros días: la neurótica necesidad de escuchar noticias (los locutores de noticiarios son los profetas de la época); la conducta de los paranoicos; las píldoras que hacen "ver" la última realidad de las cosas; las computadoras que actúan como "terapeutas"; la busca de paraísos que "crean" las máquinas; las mutaciones genéticas; los complejos de agresión (Robert Sheckley describe un mundo donde está permitido matar, pero hasta cierto límite: siete víctimas; el universo de los sueños que se hacen realidad; las "delicadezas" de ciertos robots; los mecanismos de proyección; la sombra edipiana; los sadosicólogos, etc.

Dentro de esas fronteras, la C. F. roza otros campos literarios —la novela de terror— y se desliza en la poesía —Bradbury—, en la sociología ("Mercaderes del espacio") o la religión (las novelas de C. S. Lewis). Los que tienen prejuicios contra ella y la consideran bastarda, sólo piensan en los "comics", pero olvidan que un género literario no es ni mejor ni peor que otro, y que sólo hay malos, mediocres, buenos o grandes escritores. Los relatos de C. F. —a veces— no son sino cuentos de hadas modernos. ¡Pero con qué hadas y con qué ogros! ¿Y quién no se ha sentido —y se siente— atraído por los cuentos de hadas? Hay en ellos más terror, belleza y soledad que en muchas obras que hoy pasan por importantes y para hombres "maduros".

Aparte de su utilidad pedagógica, este libro es una excelente antología, y se lo puede leer prescindiendo de todas las explicaciones psicológicas. En ella están incluidos algunos de los mejores autores de C. F. Y una sorpresa, no exenta de prestigio para la literatura chilena. La antología incluye un notable cuento de Hugo Correa, que ilustra el capítulo sexto. Es un reconocimiento para un escritor (traducido ya no sólo al inglés, sino al alemán: una revista española le dedicó todo un número) que ha dado lecciones, en lo que a imaginación se refiere, a nuestra narrativa. No en vano Correa tiene sangre celta, y a los celtas hay que prohibirles, por decreto, que imaginen. 